

Manuel Alvar y el español de Venezuela

FRANCISCO JAVIER PÉREZ
Universidad Católica Andrés Bello
(Caracas-Venezuela)

A un año de la muerte de Manuel Alvar (1923-2001) escribo estas notas entre necrológicas y vivificadoras. Lo hago no solo porque sintiera siempre que haber estudiado la obra del maestro y haber tenido la suerte de conocerlo en dos afortunados encuentros (el primero en Caracas y el otro, el último, en su querida Canarias) constituyeron privilegios inmerecidos y merecedores de atención por mi parte; sino porque creo que con su desaparición física, la filología española se despidió de uno de sus cultores estelares, preservador de ese estilo de sólido talante intelectual, de suficiente erudición para alcanzar la sabiduría y de indiscutible afecto pasional por la investigación de la lengua. En otro orden, también, hizo gala de la comedida magnanimidad que solo tuvieron los más grandes en la tradición lingüística española.

La última vez que vi con vida a Manuel Alvar fue en la Academia Canaria de la Lengua, en La Laguna, en donde se celebraba, en junio del pasado año 2001, la primera reunión para pensar, estudiar y divulgar el español de las Islas Canarias (*I Congreso Internacional sobre el español de Canarias*). Nos habíamos congregado allí un grupo de investigadores y estudiosos para hacer posible las jornadas deliciosas de un evento signado por la seducción hacia una de las variantes más elocuentes de la lengua que hablamos. Precisamente, aquella lengua española de Canarias a la que Alvar había dedicado muchos esfuerzos para potenciarla en su riqueza y para verla como puente entre la Península y América en la dimensión de la lengua común y

que, gracias a él —o a ella, preferiblemente—, podíamos empezar a comprender lo que había pasado y pasa del español europeo al de América y lo que pasa y había pasado del español de América al de Europa.

Es precisamente a Alvar a quien se le debe este hallazgo y su difusión que, entre otras, lleva a cabo en el prodigioso *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, el célebre ALEICan, fuente de primer orden para el conocimiento de la materia canaria de la lengua. En otro sentido, su fascinación por Canarias lo lleva a estudiar uno de los más interesantes enclaves ultramarinos de la lengua viajera del archipiélago. Me refiero a las hablas canarias de la Luisiana, en los Estados Unidos, trabajo riguroso y amoroso en iguales cantidades.

Y es de la mano de este Alvar canario que llega a Venezuela, sobre el que quiero escribir esta nota para recordarlo y para proponer mantener viva su memoria. Sería arduo agotar su dimensión de estudio en este texto de admiración y afecto por el maestro. Busco, solo, presentarlo como investigador de nuestros avatares venezolanos en la lengua: el rico español de Venezuela.

No por azar, sino por estudio planificado, la última obra de envergadura de Manuel Alvar fue *El español en Venezuela. Estudios, mapas, textos* (2001)¹, que deja recién salida de la imprenta al momento de su muerte. Formando parte de su último sueño de investigador, ese que buscaba la consolidación de la geografía lingüística hispanoamericana en la elaboración de atlas lingüísticos por regiones, el trabajo sobre el español venezolano queda acompañado por los atlas previamente publicados sobre *El español en el sur de los Estados Unidos* (2000) y *El español en la República Dominicana* (2000), y los de próxima aparición: *El español en México*, *El español en Paraguay*, *El español en Argentina y Uruguay* y, cubriendo la casi totalidad del territorio americano, *El español de Chile*. En todos los casos, la constante es la estructuración de las obras en la descripción y documentación tripartita de: estudios, mapas y textos. Solo en algunos casos, la carencia de los mapas lingüísticos queda reemplazada por las

1. Se ha encargado de la edición la Universidad de Alcalá, La Goleta Ediciones y la Agencia Española de Cooperación Internacional, siendo sus curadores Antonio Alvar Ezquerro, uno de los hijos de don Manuel, y Florentino Paredes. Han participado, además, otras instituciones en el patrocinio de esta importante obra. Sería el caso de la Real Academia Española, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Colegio Libre de Eméritos y la Universidad Central de Venezuela.

encuestas (Estados Unidos, Paraguay y República Dominicana), a la espera, quizá, del dibujo de los fenómenos que los mapas deberían ofrecer. Estas obras, piezas de un proyecto de dimensiones inabarcables y que, a pesar de las culminadas, no pudo ser abarcado en su totalidad, deben sumarse a la ingente bibliografía de Alvar, producto de una inusual capacidad descriptiva. La desarrolla, primero, para los dialectos peninsulares y canarios, para después, como corona de su ambición de dialectólogo y de geógrafo lingüista, ocuparse de los dialectos hispanoamericanos del español.

Como se sabe, Alvar fue uno de los trabajadores más prolíficos de la lingüística hispánica moderna. Siempre moviéndose en los sectores que desde el comienzo de su carrera llamaron su atención de investigador, reinsiste y profundiza sus intereses alcanzando una de las cimas más altas que recuerden los tiempos modernos en estas materias. Estos intereses de investigación han quedado bien delineados en el desarrollo de una obra de inapelable solidez y de asombrosa densidad: 1) *El habla del Campo de Jaca* (1948); 2) *Toponimia del Alto Valle del Río Aragón* (1949); 3) *El dialecto aragonés* (1953); 4) *El español hablado en Tenerife* (1959); 5) *Textos hispánicos dialectales: Antología histórica* (1960); 6) *Dialectología española* (1962); 7) *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía* (1961-1973); 8) *Estudios canarios* (1968); 9) *Variiedad y unidad del español* (1969); 10) *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual* (1969); 11) *El dialecto riojano* (1969); 12) *Americanismos en la «Historia» de Bernal Díaz del Castillo* (1970); 13) *Niveles socioculturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria* (1972); 14) *Juan de Castellanos. Tradición española y realidad americana* (1972); 15) *Estudios sobre el dialecto aragonés* (1973-1998); 16) *Leticia. Estudios lingüísticos sobre la Amazonia Colombiana* (1973); 17) *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias* (1975-1978); 18) *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (1979-1982); 19) *Léxico de los marineros peninsulares* (1985-1989); 20) *Léxico del mestizaje en Hispanoamérica* (1987); 21) *Norma lingüística sevillana y español de América* (1990); 22) *Estudios de geografía lingüística* (1991); 23) *El español de las dos orillas* (1991); 24) *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Cantabria* (1995); 25) *Manual de dialectología hispánica* (1996); 26) *El dialecto canario de Luisiana* (1998); 27) *Atlas Lingüístico de Castilla-León* (1999).

Una evaluación de los logros estructurales del atlas dedicado a describir la geografía del español de Venezuela y de los aportes que

para el conocimiento de esta variedad dialectal supone, debe responder a los tres renglones —estudios, mapas y textos—, que estuvieron asentados en la conciencia metodológica de la propia investigación.

Define en el apartado «Palabras previas» el alcance de la obra: «el Atlas será un instrumento único para conocer el habla de Venezuela en un momento muy preciso, con información recogida *in situ*, de hablantes escogidos y con un método riguroso, que no tiene comparación con otros posibles» (Alvar, 2001, I: 17).

Los orígenes de la investigación y el proceso para su desarrollo son relatados por el propio autor. Nos tropezamos en este recuento con los pormenores del trabajo de campo y con el auténtico dominio de un método de consolidación de una empresa que, afirmativamente, hace ver la necesidad del viaje lingüístico para la apropiación más genuina de los fenómenos de la lengua. El Alvar que aquí interviene es el protagonista de la odisea dual que supone la travesía geográfica y espiritual hacia los confines de la lengua de Venezuela. La mirada afectuosa del maestro sobre la tarea y sus ejecutores aporta un brillo muy especial a estas líneas:

Por 1972 proyecté la recogida de las variedades orales del español de América. Lógicamente asigné el puesto que pensé era idóneo al español de Venezuela. En el conjunto de los pueblos que hablamos español, pensé que la representación de la República podía hacerse de acuerdo con unos principios homogéneos a los que consideré en cada una de las naciones de América. Venezuela se articuló en unas 50 encuestas que la vinculaban al inmenso mundo de Sudamérica. Con esta idea comenzamos nuestras campañas de investigación. En 1995 tomamos Valencia como punto de partida. Nuestro colega Manuel Navarro proyectó una serie muy numerosa de encuestas que —realizadas años antes— nos daban posibilidades de estudiar una amplia zona. Sus alumnos grabaron no pocos puntos y me los enviaron para su estudio. Desgraciadamente el criterio seguido, la selección de las partes del cuestionario y el criterio de valoración de los datos me hicieron desestimar los materiales allegados. Quiero decir que se trataba de discrepancias metodológicas, no de valoración de la recogida. Aquellos materiales servían para monografías locales, pero no para una obra coherente. Me decidí a prescindir de todos ellos y a atenerme a mis encuestas personales. La unidad de criterio prevaleció, pero quiero decir que el profesor Navarro dirigió un trabajo ejemplar, lo que no extrañará a quienes conozcan su monografía sobre Puerto Cabello, pero había que defender el criterio de homogeneidad de las encuestas y de los exploradores. Me decidí por ellos, pero cuando volví a hacer mis investigaciones personales, mi amigo el Dr. Navarro estuvo a mi lado en todo momento: para facilitar la encuesta, buscar informantes, preparar sujetos para las grabaciones y hacer que los

duros trabajos de campo fueran gratos, tal y como resultaron. Que estas líneas sean testimonio de mi más honda gratitud.

Así pues, el año 1995 nos sirvió para hacer no pocas encuestas que permitieron preparar las campañas de los años venideros. 1996 me abrió las regiones de oriente del país, donde hice no pocos trabajos; en 1997 recorrí Venezuela a lo largo y a lo ancho, de norte a sur. Debería dejar constancia de mis deudas. Seré injusto y no recogeré tantos nombres como debiera. Mis amigos venezolanos, tan espléndidos de su saber, de su tiempo, de todas sus generosidades, me harán el favor de perdonar los nombres para no caer en algún olvido involuntario, pero saben que todos están en mi corazón. Me organizaron cursos en Caracas, en Mérida y Valencia; conferencias en cien universidades; me llevaron en coches oficiales para atemperar riesgos y todos, en todos los lugares, fueron dechados de generosidad: en los núcleos universitarios y en ciudades mercantiles, en localidades artesanales y en empresas artísticas. En todas partes me regalaron con largueza y en todas conté con la preciosa flor de la esplendidez: obsequios, palabras encariñadas, gestos desprendidos, todo lo veíamos recién nacidos para aquellos nuevos amigos que habían ido a perturbarles la paz.

Las encuestas se desarrollaron tal y como suelen cuando el corazón se abre al viajero, y nosotros llenábamos cuestionarios y cuestionarios. Como siempre, Elena grabó todas las encuestas, registró las conversaciones libres y se ocupó de mil pequeñeces que hacen inolvidables las estancias. Yo rellené las casi 1.500 preguntas de cada cuestionario. Y por las noches, después de las agotadoras jornadas, transcribía en los cuestionarios las grabaciones que mi mujer había hecho. En todos los sitios contamos con lugares de trabajo y con compañeros que nos asistían: nos valió siempre la experiencia de quienes sabían y, si no, la juventud de aquellas estampas arrancadas de la *Primavera* de Sandro Botticelli nos hicieron olvidar las zozobras e incertidumbres de guerrillas, impuestos revolucionarios y otros menesteres que hubieran apesadumbrado el corazón de los mortales. Vuelvo la vista al pasado y se me carga de gozos: cuando mi enfermedad —tan larga— se anunció, manos delicadas, como las de Florencia, me prestaron su cuidadosa ayuda. Así terminó la recogida de materiales y así traje a España los cuestionarios rellenos.

El atlas quedó con 49 puntos y 68 encuestas: era lo que se había proyectado². La enumeración de esos lugares acaso tranquilice mi conciencia. La relación de los puntos de encuesta es la que sigue más adelante. Más adelante hago constar los estados, las localidades, los investigadores y los informantes.

En septiembre de 1998 se cumplió la transcripción de los materiales desde los cuadernos de campo a los de formas. Con ellos estuvo

2. Así consta en el estudio «Proyecto de un *Atlas Lingüístico de Hispanoamérica*», publicado en 1984, en donde se refieren los puntos a encuestar en cada territorio. Para Venezuela se estiman cincuenta puntos (Alvar, 1991: 451).

acabada la disposición de los originales para proceder a la impresión del conjunto.

También estaban dispuestos para su reproducción todos los espectrogramas con los que se ilustra la obra. Necesariamente seleccioné unos pocos de los muchos que tengo registrados.

Todas las encuestas fueron realizadas personalmente por Manuel Alvar, pero Elena Alvar grabó algunas encuestas y las conversaciones libres con las que se han podido ilustrar los textos fonéticos.

Están hechos por Florentino Paredes, y se publican los índices de palabras de los mapas y de los textos (Alvar, 2001, I: 18-19).

Un recorrido por las cimas de esta obra inmensa y de compleja recapitulación nos puede dar una idea de los aportes cuantiosos que implica para los estudios lingüísticos venezolanos. Cada tomo se ocupa, como queda dicho, de proponer temas de estudio que irán acrecentando el conocimiento de la geografía lingüística del país.

El tomo I, dedicado a los estudios, transitará por algunas de las problemáticas más sugestivas para la comprensión del español venezolano, no del todo ahondada por las investigaciones existentes o en curso. Aquí, la impronta del filólogo español y del conocedor profuso de los espacios lingüísticos en la inconmensurable geografía del español, se torna en la pauta para el acercamiento al español venezolano. Pienso, principalmente, en el sustantivo estudio titulado «Canarias y Venezuela», en donde, aunque en apariencia cosa sabida, abunda en demostraciones contrastivas para comprender la estrecha vinculación lingüística entre las variedades canarias y venezolanas del español. Especialista amoroso y de primer orden sobre el español de Canarias, al que tantos esfuerzos dedicó, Alvar, prácticamente, inaugura para los estudios venezolanos la reflexión sobre esta hermandad desde el ángulo de la geografía lingüística (Pérez, 2000a). Ha procedido por comparación, al enfrentar los mapas del ALEICan con los del ALV, estableciendo un método de estudio de las correspondencias lingüísticas, reelaboración —me atrevería a proponer— de los conceptos lexicográficos de «coincidencias léxicas» y de «interinfluencia» que han utilizado lexicógrafos canarios (Corrales y Corbella, 1994; Corbella, 1996) y venezolanos (Pérez, 2000b). Sobre esta materia, insiste en tres conclusiones: 1) es notoria la abundancia de venezolanismos en Canarias y menos la de canarismos en Venezuela: «Hemos visto que la presencia de venezolanismos en Canarias es mucho más abundante que la de canarismos en Venezuela. Es fácilmente explicable:

eran las gentes insulares las que emigraban y adquirían un léxico en su larga convivencia sobre el terreno; los venezolanos, por el contrario, adquirirían términos escasos como resultado de una gran emigración en alguna región concreta» (Alvar, 2001, I: 78); 2) mayor documentación de voces americanas en las islas occidentales del archipiélago; y 3) la riqueza léxica de los atlas lingüísticos, materia en donde se hermana la geografía lingüística con la lexicografía (Alvar, 2001, I: 78).

Los estudios de Alvar tocan, además, otros dos problemas muy centrales en la comprensión del español venezolano. Se trata, primero, de la relación entre el español de Venezuela y el de Colombia, procediendo a caracterizarlo como «español fronterizo». El otro problema, muy sustantivo como veremos en la ordenación de este atlas, la preeminencia que da al habla de Falcón para el estudio del español venezolano. Los estudios, respectivamente, llevan por título: «Español fronterizo: Venezuela-Colombia» y «Apostillas sociolingüísticas al habla de Falcón». Las conclusiones a las que arriba, en los dos casos, son de primera importancia: 1) uniformidad más que diversidad, sustentada no solo en comprobaciones lingüísticas sino debida a la historia común de la región desde los tiempos coloniales: «El español de esta zona manifiesta una evidente uniformidad. Es muy cierto que participa de hechos de la lengua común. Digamos nivelación, metáforas, rasgos humorísticos, polimorfismo fonético y diversos grados de arcaísmos o adquisición de neologismos vinculados a la moda [...]. Por otra parte, la historia lingüística manifiesta dialectalismos peninsulares (canarios y andaluces y occidentalismos, sobre todo) y en muy escasa medida peculiaridades que distinguen a los dos ámbitos enfrentados. Diríamos que en un pequeño dominio hemos encontrado la vida toda del léxico de una lengua: no podemos hablar de dos zonas fuertemente caracterizadas pues frente a esta afirmación está (con algún rasgo peculiar) la de la unidad que existió en la Colonia y que ahora no ha conseguido quebrarse por los avatares modernos. Para mí el español de ambos lados de la frontera es un español muy coherente, por más que podamos descubrir tal o cual peculiaridad en Venezuela o en Colombia, y solo en muy pocos casos hay una marcada escisión» (Alvar, 2001, I: 42-43)³; y 2) la par-

3. Estos resultados han sido establecidos luego de contrastar un representativo número de unidades léxicas del atlas venezolano con sus equivalencias en el *Atlas lingüístico-etnográfico de Colombia* (1981-1983), obra coordinada por Luis Flórez.

ticular situación de la lingüística falconiana, dentro de un interesante cuadro de polimorfismo con implicaciones sociolingüísticas agudas, motiva que cada uno de los mapas (tomos II y III) desprenda la región de Falcón y que esta se entienda como zona de comparación frente al resto del país⁴.

Otros apartados completan el panorama de estudios reunidos en el primer tomo de la obra: «Venezuela: Norte, Sur, Este y Oeste», «Las palatales», «Análisis espectrográficos», «Comentario estadístico de los sonogramas estudiados» (escrito por María Jesús Redondo), y «Análisis espectrográfico de algunos sonidos venezolanos» (escrito por Josefa Dorta). Completan este tomo, además de lo referido perteneciente a la primera parte de ese volumen, los apartados de la segunda parte: «Puntos de encuesta e informantes», «El cuestionario», «Los signos fonéticos», «Repertorio de materiales lingüísticos»; y de la tercera: «Textos», en donde se han enfrentado 59 textos en transcripciones fonética y ortográfica.

Culminan la obra los tomos segundo y tercero en donde se ofrecen los 931 mapas que delinean la geografía lingüística nacional. La estructura de cada lámina se ocupa de agotar la información lingüística en cuanto a las realizaciones en cada uno de los puntos encuestados, lista final de realizaciones encontradas y comparación con otros atlas españoles o hispanoamericanos.

La incorporación de los resultados del atlas de Alvar irá haciéndose cada vez más frecuente. Su significación es muy notoria para los estudios lingüísticos venezolanos al servir como punto de partida para investigaciones posteriores. La lingüística venezolana tendrá que entender la deuda que tiene con este estudioso de primer rango que, cargado con el rigor de sus métodos en geografía lingüística y, aún más, con la experiencia aportada por tantas investigaciones de campo en la dilatada geografía de la lengua española, supo entusiasmarse con la lengua de Venezuela y entenderla en su real dimensión dialectal. A partir de ahora, la geografía lingüística venezolana llevará las iniciales de Alvar. El método de investigación será su método. Los resultados, sus resultados. Los estudios sucesivos se desprenderán de su trabajo como los afluentes de un gran río.

4. Más allá de la rareza de las realizaciones falconianas, no deja de ser muy subrayado el énfasis descriptivo que el atlas propone. No encontramos expresas justificaciones en la obra sobre este tratamiento.

Además de un homenaje venezolano a su memoria, esta nota ha pretendido una evaluación crítica sobre su trabajo venezolano y, también, adelantarse a entenderlo como establecimiento privilegiado de los estudios científicos de geografía lingüística en el país.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvar, Manuel (1991): *Estudios de geografía lingüística*, Madrid, Paraninfo.
- Alvar, Manuel (2001): *El español en Venezuela. Estudios, mapas, textos*, 3 vols., Alcalá, Universidad de Alcalá, Agencia Española de Cooperación Internacional/La Goleta Ediciones.
- Corbella, Dolores (1996): «Fuentes del vocabulario canario: los préstamos léxicos», en Javier Medina López y Dolores Corbella Díaz (eds.), *El español de Canarias hoy: análisis y perspectivas*, Frankfurt/Madrid, Vervuert/Iberoamericana, pp. 105-141.
- Corrales, Cristóbal y Dolores Corbella (1994): *Diccionario de coincidencias léxicas entre el español de Canarias y el español de América*, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura de Tenerife/Cabildo de Tenerife.
- Pérez, Francisco Javier (2000a): «Visión lingüística del espacio venezolano. Los aportes de la geografía lingüística y de la lexicografía regional», en *Diccionarios, discursos etnográficos, universos léxicos. Propuestas teóricas para la comprensión cultural de los diccionarios*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, pp. 71-95.
- Pérez, Francisco Javier (2000b): «Canarismos en Venezuela y venezolanismos en Canarias: sobre el gofio y la arepa», en *Estudios Canarios. Anuario del Instituto de Estudios Canarios* (Santa Cruz de Tenerife), XLIV [1999], pp. 213-220.